

EL HOMBRE CUÁNTICO: LO DENSO Y LO SUTIL

José Del Grosso
Psicólogo Clínico
Profesor Titular de la ULA Venezuela

La ciencia mecanicista, sobre todo en el ámbito de la física y de la química, en su momento hizo grandes aportes a la tecnología. Sin embargo, la realidad social e individual que configuró contiene una enorme cantidad de distorsiones y más que representar un avance en las ciencias del Hombre, en esencia ha representado, no sólo una manera de alejarlo cada vez más de su cuerpo y de la realidad que le circunda, sino que lo ha hundido profundamente en la política del sometimiento y la obediencia.

No podía esperarse otra cosa de una ciencia basada en una moral de la utilidad y cuya virtud es la manipulación y el control al servicio del poder.

Nada más la separación neta entre objetividad y subjetividad hecha por el materialismo y su traducción a la ideología política, sea esta de derecha o de izquierda, torció y pervirtió la noción de ley, orden, caos, fuerza, valor y moral, arrastrándonos hacia una sociedad esquizofrénica en la cual las ilusiones se transformaron en la realidad, la realidad en ilusiones y el sí mismo en un reflejo del otro, mejor dicho, de lo que dice el otro que somos y de sus expectativas basadas en una interpretación dudosa del orden, la ley y la fuerza, que poco o nada tienen que ver con lo que en verdad somos.

La definición que ha ido construyendo nuestra cultura del sí mismo o de quiénes somos, tomando como referencia las creencias madre elaboradas por la ciencia mecanicista tiene esencialmente dos componentes que se complementan entre sí: el hombre es una máquina y la noción de ley, fuerza y orden basada en el control.

El cuerpo es considerado una máquina

A lo largo de la historia del Hombre han variado tanto la manera de percibir nuestro cuerpo como nuestros sentimientos hacia él. Una de las perspectivas que más ha influido sobre la visión del cuerpo en Occidente ha sido la judeocristiana, la cual nunca le ha visto con buenos ojos.

La tradición judeocristiana ha considerado no sólo que el cuerpo y el alma poseen distinta naturaleza, sino que, además, el alma se halla atrapada por el cuerpo y que, mientras el alma es algo superior, el cuerpo, la materia, la carne, es algo inferior.

Paralelamente, también se fue desarrollando en la India, la China, Asiría, Babilonia, Irán, Egipto, Grecia, Roma... una visión más natural del cuerpo humano, la cual, la mayoría de las veces, ha compartido la idea de que las enfermedades del cuerpo son en realidad enfermedades del alma.

A punto de consolidarse la Revolución Científica, Descartes justificó y contribuyó a mantener el dualismo cuerpo y alma (racional) como dos cosas con distinta naturaleza y dividió los actos del Hombre en dos grupos: aquellos de

naturaleza mecánica y aquellos de naturaleza racional. Descartes visualizó y parangonó al cuerpo con una máquina y al alma con la razón. Esta visión generó un pacto según el cual, la iglesia mantenía el feudo del alma y todo lo vinculado a la religión, mientras que los científicos podían estudiar el mundo material sin incluir a aquella.

La Revolución Científica aportó el paradigma cartesiano-newtoniano, derivando de él la convicción de que los mismos principios de investigación de la física aplicables a los cuerpos materiales en movimiento podían ser aplicados al cuerpo humano, pues no veían ninguna diferencia.

Entre los principios cognitivos que debían guiar la manera de percibir, conocer y pensar el cuerpo humano están: el predominio del orden sobre el caos; el método analítico; la observación visual de lo “material”, excluyendo los demás sentidos, los sentimientos, las emociones, la intuición y la consciencia en el momento de conocer; darle poca o ninguna importancia a la energía corporal no vinculada directamente a procesos fisicoquímicos de mantenimiento y reparación del organismo; la experimentación y la medición.

El método analítico condujo a ver el cuerpo como algo relativamente aislado del ambiente y como algo integrado por una serie de piezas que podían ser estudiadas de manera independiente, lo que paulatinamente fue llevando la disciplina médica a una serie de superespecialidades. La consecuencia de ello fue que los médicos se convirtieron en una suerte de analfabetas funcionales del resto del cuerpo. Incluso, perdieron su capacidad personal de diagnóstico al sustituir su “ojo clínico” por exámenes médicos de diversas clases, pues lo importante, se dice, son los valores numéricos de los exámenes bioquímicos y “ver” las imágenes logradas mediante rayos X, ecosonogramas, encefalogramas...

Muy vinculado al método analítico está la idea vinculada a la noción de la ley de causa y efecto por contigüidad en el tiempo y el espacio, de modo que al pensar en una enfermedad se piensa en una causalidad estricta de algo físico, atribuida a algún agente exterior, como una bacteria, una herida, un veneno, alimentación inadecuada, excluyendo, por ejemplo, el cómo las relaciones interpersonales pueden afectar al cuerpo... Se habla de esta manera del cuerpo de un hombre promedio que no existe, lo cual obstaculiza la posibilidad de explicar ciertos fenómenos individuales frente a circunstancias semejantes.

Como dice Larry Dossey:

“Ignoramos, por ejemplo, o no sabemos con certeza, por qué ciertas personas en presencia de una infección de estreptococos contraen una fiebre reumática, mientras que otras pueden desarrollar unas anginas, o por qué algunos se convierten en transmisores de ciertas bacterias sin sufrir síntoma alguno, mientras que otros sucumben totalmente a sus ataques” (Dossey, 1992, p. 101).

Centrados en la materia y el sentido de la vista y observando individualidades, se pensó que lo importante para explicar el comportamiento humano es la observación: “Lo que cuenta es la conducta observable, objetiva y medible”.

La objetividad supone separación y tomar distancia. Supone que cuando me quiero conocer debo mirarme desde afuera, como si ello fuera posible. Sin embargo, el materialismo halló una supuesta forma de hacerlo a través de las ideas de Descartes, entre ellas, la de que somos nuestra mente.

Si somos nuestra mente y podemos escindirnos para mirarnos y conocernos desde ella, eso significa que es posible considerar mente y cuerpo como dos cosas de naturaleza totalmente diferentes.

Según el materialismo, al ser la mente y el cuerpo dos cosas de naturaleza distinta, cada aspecto puede y debe ser estudiado por separado. El cuerpo, la materia extensa, entonces, debe ser estudiado por la biología de manera independiente de la psicología, la antropología, la historia, el contexto cultural...

Alrededor de ese antagonismo entre cuerpo y mente, las ciencias mecanicistas apegadas a lo material como lo son la física, la química y la biología, adquirieron el mote de ciencias duras, es decir, de ciencias verdaderas, mientras que las ciencias vinculadas a lo psicológico adquirieron el alias de ciencias blandas, una forma eufemística de decir que se trataba de disciplinas de segundo orden que jamás alcanzarían el nivel de las ciencias duras y, por lo tanto, que sus conocimientos no son tan seguros e importantes como los de las ciencias duras.

Es por ello que los pioneros de la psicología dedicaron gran parte de sus esfuerzos en demostrar que la psicología sí es una ciencia *dura*. Es por ello que encontramos extensas explicaciones de cómo se habían separado de la filosofía, de la metafísica y de todo lo que pudiera oler a subjetividad. Es por ello que en sus obras expresaban abiertamente su desprecio hacia la filosofía. Es por ello toda esa verborrea en la que hacían público el que sí estaban adoptando fielmente el método científico, de cómo sus investigaciones sí eran objetivas, de cómo se podía utilizar la experimentación y la medición... Era su forma de decir: "nosotros también merecemos ser tomados en cuenta". Por ello es que hallamos a pioneros de la psicología como Freud, Watson, Pavlov o Skinner, abogando por una psicología que pudiera ser reducida a la biología.

Lamentablemente, por su parte, la biología se alejó de la vida y sus investigadores se limitaron a reducir esta disciplina a la química y a la física. Casi toda la investigación en biología con mayor éxito y aceptación del siglo pasado está centrada alrededor de la biología molecular (Bird, 2003).

Es importante que todos sepamos que mientras oficialmente de cara al gran público los estados más poderosos menospreciaban la psicología, tras bastidores a través de sus servicios secretos hacían inversiones multimillonarias en investigaciones dirigidas sobre todo a controlar nuestra voluntad. Así, las ideas freudianas fueron usadas tanto para promover la sociedad de consumo a través de la propaganda basada en una sexualidad distorsionada como para promover, unidas a las ideas marxistas, el odio y el resentimiento hacia la sociedad capitalista. Watson, padre del conductismo trabajó para lo que fue la agencia de inteligencia precedente a la CIA. Las investigaciones de Pavlov y sus seguidores fueron usadas por la KGB, el servicio de inteligencia de la extinta Unión Soviética. Es más, los servicios de inteligencia de las naciones más poderosas no se limitaron a lo que comúnmente conocemos como la psicología oficial, sino que también invirtieron y siguen invirtiendo dinero en la investigación de los llamados fenómenos paranormales con fines de control mental.

Como bien recordará el lector, el modelo del Universo adoptado tanto por Descartes como por Newton fue el reloj. El Universo debía ser considerado como perfectamente ordenado y ensamblado como las piezas de un reloj. De modo que nuestro cuerpo comenzó a ser visto, y aún sigue siendo visto, como una máquina precisa, perfectamente ordenada y, por ende, repetitiva y carente de inteligencia. En función de ello, la salud es aún vista como el funcionamiento ordenado y preciso de una máquina y la enfermedad como la manifestación de algún desorden generado en alguna parte del cuerpo, bien sea porque una pieza

se dañó o porque la “pequeña fábrica” de ciertas sustancias dejó de funcionar bien.

Poco tiempo después de la divulgación de las ideas de Descartes, en el mundo médico, Malebranche y La Mettrie reforzaron la noción de que nuestro cuerpo es una máquina. La importancia del primero radicó en que hizo compatibles las ideas de mente y cuerpo cartesianas con las ideas del catolicismo ortodoxo, y la importancia del segundo radicó en que como médico escribió una obra llamada “El hombre máquina” (L'homme machine) en la cual, según La Mettrie, el cuerpo humano no es más que una simple máquina, el alma, una máquina ilustrada, y las facultades psicológicas, simple fisiología cerebral.

La concepción del organismo humano como una máquina cobró mucha fuerza en la medida en que simultáneamente se desarrollaron la física, la biología y la química. Más de trescientos años después de Descartes, los biólogos siguen manteniendo la visión cartesiana de los organismos como máquinas constituidas por diferentes partes prácticamente independientes entre sí.

Al ser percibido el cuerpo como una máquina, los médicos y biólogos centraron la búsqueda del conocimiento del cuerpo humano en sus regularidades medibles como el pulso, la tensión arterial, la cantidad de sustancias en sangre..., manteniendo presente la idea de que el organismo se halla en un equilibrio constante. Desde luego, todo aquel comportamiento orgánico que fuera típicamente irregular era considerado de poca monta, como una excepción que no valía la pena estudiar. El caos no tenía relevancia.

Con el abordaje del estudio del cerebro se comenzó a pensar que debido a su organización, estructura, especialización y complejidad se producían los diversos procesos psíquicos: “El cerebro produce y regula toda la actividad corporal y psíquica”. De allí que se dedicaran a buscar en el cerebro localizaciones estrictas e *independientes entre sí* de cada una de las funciones corporales y psíquicas.

Así, se decía que el equilibrio corporal depende sólo del cerebelo, los reflejos de la parte más vieja del cerebro o paleocortex, que el lenguaje depende del área de Broca, que la razón depende del lóbulo frontal...

Con el descubrimiento de los genes se comenzó a pensar que la actividad psíquica era el resultado de su programación implícita y, con los estudios de bioquímica que, en última instancia, la conducta emerge de la actividad cerebral derivada de los fenómenos fisicoquímicos.

Psicólogos y médicos seguidores de la ciencia moderna pensaron que el hombre nacía con una personalidad determinada, producto de la programación genética. Se pensaba y aún se piensa en el ser humano como algo acabado, predecible, medible...

Las diferencias entre el cuerpo humano y la máquina

La idea de muchos biólogos y médicos de parangonar el cuerpo humano con una máquina tiene su justificación porque en verdad en nuestro cuerpo hay unos pocos aspectos que funcionan con bastante regularidad, lo que no significa repetitividad y que funcionan de manera similar a algunos de los aparatos que conocemos.

Veamos. En nuestro cuerpo podemos hallar partes, es decir, órganos o sistemas, que a nuestros sentidos están bien delimitados y cuyo funcionamiento es realmente mecánico. El corazón, hasta cierto punto, puede ser comparado al

de una bomba de agua; los pulmones funcionan como unos fuelles; los huesos y los músculos funcionan en cierta medida como los engranajes de una máquina...

Puede que este funcionamiento mecánico de ciertos aspectos del organismo haya representado alguna ventaja evolutiva como forma de adaptación, pero eso no significa que todo el cuerpo funcione de esa manera. Más bien deberíamos entender estos aspectos mecánicos del cuerpo como casos especiales y no como la norma. En verdad debemos ver el cuerpo como una totalidad, como un sistema de gran plasticidad, integrado por numerosos subsistemas que interactúan y son interdependientes entre sí (Capra, 1991).

La primera diferencia notable entre una máquina y nuestro organismo es que la primera es construida a partir de ciertas piezas fabricadas por separado, que luego son agregadas; mientras que nuestro organismo es producto de la evolución de una célula germinal o huevo, la cual al multiplicarse se despliega y repliega sobre sí. El cuerpo se *des-arrolla*, no es un mero agregado de células.

Una máquina está integrada por elementos o partes rígidas que mantienen relaciones rígidas entre sí, mientras que nuestro cuerpo está integrado por partes flexibles y plásticas que mientras evolucionan tienden a ser estables en su forma, estructura y organización. Más aún, mientras la comunicación entre las partes de una máquina tiende a ser rígida, local y específica, el cuerpo mantiene múltiples formas de relación que permiten que cada una de las partes esté vinculada con el resto. El cuerpo tiene consciencia de la totalidad y, así mismo, las células tienen consciencia de sí mismas y de la totalidad (Dossey, 1982).

Las máquinas no se *des-arrollan* ni evolucionan, no se transforman, mientras que los organismos sí lo hacen.

Cuando una máquina se daña es fácil identificar la razón y corregir el problema, el cual suele ser una pieza dañada, que generalmente no deteriora al resto de las piezas; pero en el cuerpo humano una "enfermedad" puede involucrar no sólo el "órgano dañado", sino también el que otros órganos no funcionen bien. Pero las cosas no se quedan a un nivel local y de la energía densa. Cuando un órgano no funciona adecuadamente podemos hallar que energías más sutiles se ven afectadas como ocurre con los sentimientos, las emociones, estados de ánimo, pensamientos...; que terminan formando una red de interacción circular donde todo es afectado por todo y al final es difícil saber qué mantiene la enfermedad tanto física como psíquica. Muchos médicos desestiman los factores psicológicos y el resultado es que sólo hacen desaparecer el problema momentáneamente, es decir, mientras dura el efecto de las medicinas, una intervención quirúrgica...

La manera como están conectadas las partes de una máquina determinan su conducta y función, como es el caso de un reloj. Esto es cierto para una máquina, pero en el caso de nuestro organismo, los genes, por ejemplo, no determinan ni la conducta de los órganos internos ni nuestra conducta global, pues las posibilidades de manifestación de éstos depende de su relación con el entorno: "los genes son sobretodo partes integrales de un todo ordenado y se conforman a su organización sistémica" (Capra, 1982, p. 224).

Nuestro cuerpo no es un simple autómatas. Es innegable que cualquier máquina que tomemos sólo podrá comportarse de una manera específica y determinada; mientras que nuestro cuerpo tiene una consciencia de sí mismo, una memoria... y es capaz de aprender, como ocurre, por ejemplo, a nivel inmunológico, que al combatir efectivamente un virus o una bacteria nueva, recurre a diversas estrategias para enfrentar al cuerpo extraño, utilizando la estrategia o estrategias exitosas en la siguiente ocasión.

De hecho, aunque no tengamos consciencia de ello, nuestro cuerpo está enfrentando una gran diversidad de situaciones imprevistas, que maneja de forma global, adoptando diversidad de medidas, según las circunstancias, mientras que una máquina es incapaz de enfrentar situaciones nuevas y no toma decisiones para las cuales no haya sido programada. Tampoco toma decisiones locales ni globales.

Al ser una máquina un agregado de partes, cuando una de ellas se daña, la máquina se suele paralizar completamente y la pieza debe ser sustituida, en cambio cuando algo anda mal en el organismo, éste, a menos que sea algo muy grave, suele seguir funcionando, suele buscar la manera de repararse y suele buscar formas de compensar la falla o daño.

Así, cuando se daña, por ejemplo, la bomba de gasolina de nuestro auto, no hay manera de que prenda el motor si no reemplazamos la pieza; mientras que cuando a una persona se le extirpa cierta área del cerebro la persona no sólo no muere, sino que el cerebro busca la manera de compensar las funciones que se ven afectadas y de autorepararse.

Las máquinas suelen trabajar con un sólo tipo de energía, mientras que, por lo que sabemos, nuestro cuerpo está integrado por muchos tipos de energía tanto densas como sutiles que nos permiten vibrar dentro de una amplia gama de oscilaciones que van entre las 100 y las 25.000 oscilaciones por segundo; pudiendo ser modificadas a voluntad con el debido entrenamiento, en tanto que una máquina mantiene más o menos constante y de manera rígida sus vibraciones. En la máquina las oscilaciones no cumplen función aparente alguna, mientras que en nuestro cuerpo se ha establecido que las vibraciones sí las cumplen.

La visión cuántica del cuerpo/consciencia

Si tuviéramos la oportunidad de viajar en el tiempo seguramente podríamos apreciar que hasta comienzos del siglo pasado la mayoría de las mujeres y los hombres del día a día eran más cercanos a sus cuerpos y conocían más verdades existenciales sobre él de lo que hoy sabemos un siglo después.

Hasta bien entrado el siglo pasado la mayoría de las personas no iba a la escuela ni se curtía con la información derivada de la ciencia, lo que era una gran ventaja, pues aún en muchas de ellas existía la inocencia. Las mujeres, por ejemplo, sabían cuándo darle de comer a sus bebés o cuándo debían acostarlos a dormir respetando así su ciclo natural de sueño y vigilia.

Hoy día el porcentaje de individuos que puede ir a la escuela es significativo. Sin embargo, la enseñanza acerca de lo que somos en comparación a lo que se nos enseña acerca de otras cosas es insignificante.

La escasa enseñanza sobre lo que somos, en general, y sobre nuestro cuerpo en particular, está basada en la biología y algunas lecciones de psicología que supuestamente derivan de la asepsia y la objetividad de la ciencia, pero que no responden ni a nuestras inquietudes ni a la de nuestros hijos.

En las últimas décadas la versión oficial del cuerpo afirma que podemos entenderlo en términos de leyes físicas y químicas. En el conjunto de esta visión se ha aceptado la existencia en el cuerpo de algunas formas de energía como la electricidad y su papel particular a nivel del sistema nervioso.

A principios del siglo pasado Einstein aportó al conocimiento científico su famosa fórmula matemática $E= M.C^2$, lo cual significa que energía y materia son

la misma cosa. Todo en el Universo se manifiesta de ambas formas y de manera simultánea, esto quiere decir, que nuestro cuerpo también es simultánea y dinámicamente energía/información/materia y no, por una parte, objetos sólidos y discretos, los órganos, músculos, huesos... y, por otra, algunas formas limitadas de energía como el calor generado por el metabolismo o la electricidad que recorre el axón de las neuronas. De hecho, somos un campo electromagnético que vibra como lo hace todo en el Universo.

Hoy en día, gracias a las investigaciones en el ámbito de la física cuántica, la teoría del caos y la teoría holográfica nos dicen:

1 que el Hombre es ser/siendo/estando/haciendo por, en, con y a través del Universo.

2 Que como individuos somos una unidad cuerpo/consciencia o lo que es lo mismo, una unidad energía/información/materia/consciencia/inteligencia, caracterizados por la individualidad.

3 Que el aparente ser siempre el mismo (identidad) se debe a la memoria holográfica.

4 Que somos sistemas abiertos, lejos del equilibrio y relativamente estables.

5 Que no obstante la regularidad de ciertas conductas debido a la conformación de patrones de conducta, hábitos, reflejos condicionados, condicionamientos operantes..., una parte significativa de la actividad cuerpo/consciencia y de nuestra conducta es irregular, caótica, e impredecible.

6 Que pequeños cambios en el cuerpo/consciencia o materia/energía/información pueden producir alteraciones cuantitativas y cualitativas significativas.

7 Que no estamos sujetos a la programación de nuestros genes o por la influencia de la cultura.

8 Que una conducta indeseable instaurada durante un tiempo prolongado no conlleva un período de transformación equivalente al tiempo que ha permanecido la conducta no deseada.

9 Que un auténtico cambio conductual generalmente no se produce a través de cambios fisicoquímicos o mediante la razón, sino a través de: las relaciones con el ambiente; el cambio de la percepción y connotación diferente de la realidad; la combinación de técnicas psicoterapéuticas que involucren tanto las emociones como el cuerpo, como sucede con la técnica de Alexander Lowen; y mediante el tratamiento de las energías más sutiles como los aplicados a ciertos puntos de los meridianos de la acupuntura.

10 Que la repetición y la rigidez conductual producen empobrecimiento de la consciencia, altera las energías sutiles del cuerpo, genera cambios en el cuerpo y genera enfermedades.

11 Que la mente sí afecta al cuerpo y viceversa.

12 Que cada tipo de pensamiento genera vibraciones particulares que influyen sobre el organismo, pues “las frecuencias de vibración pueden alterar las propiedades físicas y químicas de un átomo con la misma eficacia que señales físicas como la histamina o los estrógenos” (Lipton, 2007, p. 91) y “Los pensamientos, la energía de la mente, influyen de manera directa en el control que el cerebro físico ejerce sobre la fisiología corporal. La «energía» de los pensamientos puede activar o inhibir la producción de proteínas en la célula mediante interferencias constructivas o destructivas (Lipton, 2007, p. 96).

13 Que lo que solemos llamar enfermedad no es sino un intento del organismo/consciencia de adaptación al sistema ambiente/relaciones. Las mal

llamadas enfermedades mentales tienen su origen y se mantienen debido no a los hechos en sí, sino a la manera como las personas suelen interpretarlos y manejarlos.

14 Que la experiencia juega un papel fundamental tanto en la salud como en la enfermedad: Diferentes acciones conllevan a diversas construcciones de la realidad (Watzlawick y Nardone, 1995).

15 Que no obstante la utilidad de los psicofármacos, en muchos casos su uso constituye una irresponsabilidad por parte del terapeuta al no incitar al paciente identificado a desarrollar sus habilidades y aptitudes para manejar de manera asertiva sus problemas.

Los hallazgos de la física cuántica y la teoría del caos apenas si comienzan a ser entendidos, desarrollados y aplicados por la ciencia Occidental, por una parte, debido al apego que aún existe en la mayoría de los médicos al paradigma mecanicista, pues es innegable su efectividad en muchos casos; por otra, porque existen fuertes intereses económicos. No podemos obviar, que hay una industria farmacéutica y de construcción de aparatos médicos muy poderosa que vigila la preservación de las ideas mecanicistas; y por otra, porque los hallazgos de la nueva física abren las puertas a fenómenos y prácticas terapéuticas estigmatizadas o consideradas como meras supersticiones. En muchos casos, los nuevos conocimientos son considerados heréticos.

Mientras tanto ha venido ocurriendo todo esto en el llamado mundo Occidental, antiguas culturas asiáticas, del Medio Oriente y América, han concebido al cuerpo humano como un campo unificado de energía más que como algo sólido. Una de las imágenes más comunes de estas culturas es asegurar que el hombre es como un huevo luminoso.

El cuerpo humano también es energía

El cuerpo humano es más que masa o materia, es decir, átomos y moléculas que se unen configurando los órganos, huesos, músculos, células...

Nuestro cuerpo es materia/energía consciente e inteligente. Obtenemos energía no sólo del ambiente físico y de los alimentos, sino también, y tan importante como ellas, de las relaciones con otras personas y del contacto físico. No nos basta con alimentar el cuerpo físico, necesitamos alimentar el cuerpo consciente y emocional a través de nuestras relaciones y el contacto físico, de allí la importancia de la calidad de éstas.

En otras palabras, no somos como un vehículo al cual le echamos gasolina eventualmente para que el motor pueda funcionar o como un ordenador abastecido con electricidad a través de un cable conectado a la red eléctrica.

Recordemos la fórmula de Einstein según la cual energía y masa son equivalentes y recordemos que la realidad está en el observador, es decir, que según la perspectiva desde la cual apreciemos nuestro cuerpo, puede aparecer como materia discreta que posee una posición bien definida en el tiempo y el espacio y, en otras, puede aparecer como una nube de energía brillante, cuya localización en el espacio es un tanto ambigua (Talbot, 2007).

Nuestro cuerpo/consciencia entonces no es simplemente materia densa y fluidos, es al mismo tiempo onda/partícula/materia/energía/información/orden/desorden/consciencia/relaciones/contexto...

Desde la mirada de la energía, somos/siendo/estando/haciendo una maravillosa red de energía que fluye, se mueve, brilla..., y que se despliega/repliega y mueve desde y acorde con un orden de fondo (orden implicado), con diversos grados de densidad, es decir, desde lo más denso hasta lo más sutil, la cual actúa como una totalidad.

A partir de lo anterior, podemos suponer que aquello que llamamos nuestro cuerpo material es la energía densa, la cual tiene una baja proporción de energía sutil, mientras que aquello que llamamos consciencia sería nuestra energía más sutil con una baja proporción de energía densa. Para representar lo que quiero decir, recordemos la imagen circular simétrica a través de la cual los chinos representan el Yin y el Yan, en la cual ambas energías no sólo forman una unidad y se complementan, sino que también dentro de cada una de ellas es contenida una pequeña proporción de la otra.

La consciencia analítica tal como ha sido usada por el mecanicismo nos ha hecho suponer que nuestra piel es la frontera entre nuestro “yo” y el mundo externo. Nos hace pensar que hay adentro y afueras; y que tanto adentro como afuera hay cosas bien definidas y delimitadas, las cuales están constituidas por partes; las cuales, a su vez, pueden ser descompuestas en partes cada vez más pequeñas hasta llegar al átomo, el cual, supuestamente, es el sustrato más profundo de la realidad capaz de explicar, por una parte, la forma y dureza de todos los objetos por sus combinaciones; y, por otra, todo lo que ocurre en el Universo.

Pero esa no es la verdad.

Por una parte, nuestro ser/siendo/estando/haciendo es una totalidad cuerpo/consciencia que al ser dividida en órganos y/o procesos psíquicos independientes los unos de los otros pierde todo su significado profundo.

Nuestro cuerpo/consciencia funciona y actúa como una unidad indivisible. En cada acción de nuestro organismo/consciencia está presente en íntima relación y de manera simultánea la actividad conjunta del resto del cuerpo y la actividad de la consciencia universal tal como se manifiesta en cada uno de nosotros. Si bien cada órgano y proceso psíquico tiene una cierta autonomía, ninguno se desliga del resto. Si bien somos/siendo una unidad no estamos separados del Universo.

Por otra parte, nuestro cuerpo no termina en la superficie de la piel, sino que se extiende más allá de donde han sido condicionados a ver nuestros ojos por la cultura (Wilber, 1993).

Así, siendo nosotros campos electromagnéticos irradiamos energía que va más allá de nuestra piel, una energía que es parte de nuestra totalidad cuerpo/consciencia. Esta energía que nos envuelve es llamada “Aura”. Se trata de una energía sutil que ha sido medida y fotografiada con aparatos especiales y que con un poco de entrenamiento nosotros también podemos ver sin necesidad de ellos.

El aura es una de las tantas clases de energía que integran nuestro cuerpo. En el interior de la piel y alrededor de ella existe un campo de energía, irradiamos rayos infrarrojos, emitimos niveles bajos de radiación electromagnética y electrostática... (Zohar, 1996).

Sabemos que en nuestro cuerpo, a lo largo de la columna vertebral, existen siete grandes vórtices electromagnéticos llamados chakras, los cuales están conectados a las glándulas endocrinas y a los principales centros nerviosos. Así mismo, nuestro cuerpo es atravesado por gran cantidad de líneas de energía que la medicina china ha denominado desde la Antigüedad meridianos.

Energías sutiles del ser humano

Vivimos en un planeta de energía
Brennan

Desde hace más de 3 décadas contamos con algunos aparatos capaces de medir nuestras energías sutiles y que comprueban “científicamente” lo que desde la Antigüedad ya sabían los médicos chinos e hindúes; conocimientos que han sido desestimados, no sólo porque no coinciden con los principios epistemológicos del mecanicismo, sino también porque la industria farmacéutica y médica los consideran una amenaza para sus intereses económicos y los políticos una amenaza para sus ideologías.

Hace más de un siglo que los médicos occidentales saben que en nuestro cuerpo hay energía eléctrica y campos electromagnéticos y han diseñado aparatos para medir, entre otras, la actividad eléctrica del cerebro, del corazón y de los músculos para el diagnóstico de enfermedades, pero han prestado muy poca atención a energías más sutiles.

Hace poco más de 30 años, Valerie Hunt, fisioterapeuta y profesora de quinesiología de la UCLA, pudo confirmar la existencia “científica” del campo de energía que rodea nuestro cuerpo mediante un electromiógrafo, aparato que sirve para medir la actividad eléctrica de los músculos.

La actividad eléctrica de los músculos varía normalmente entre los 225 y los 250 ops. Hunt descubrió que los electrodos de un electromiógrafo tienen la sensibilidad necesaria para detectar vibraciones aún mucho más sutiles que llegan a los 1600 ops. Con este aparato pudo registrar no sólo el aura o campo de energía que nos envuelve, sino que también detectó que las vibraciones eran más fuertes en el lugar donde se localizan los chacras.

A través de una serie de experimentos, la profesora Hunt pudo establecer que existía un patrón específico de frecuencias registrado por el electromiógrafo para cada color que indicaba un lector del aura. Luego, al mirar el patrón de frecuencias en un osciloscopio, un aparato que convierte las ondas eléctricas en un modelo visual, en una pantalla de video monocroma, pudo constatar que efectivamente el color que miraba el lector de campo y la frecuencia del electromiógrafo se correspondían con el que indicaba el osciloscopio.

“En un experimento llegó a probar hasta 8 lectores de auras simultáneamente para ver si estaban de acuerdo entre ellos y con el osciloscopio. Y aseguró que <<el resultado siempre era el mismo, punto por punto>>. (Talbot, 2007, p. 208).

Sobre la base de la confirmación de la existencia del campo de energía humano, la profesora Hunt está convencida de que el modelo holográfico, no sólo puede ser un modelo para entender el fenómeno del aura, sino también para entender otros sistemas energéticos repartidos por el cuerpo, que también son holográficos.

Así, no sólo podemos obtener un electroencefalograma colocando electrodos encima del cuero cabelludo, sino también a través del dedo gordo del pie.

Igualmente se puede hacer un electrocardiograma aplicando electrodos al dedo pequeño del pie.

Entre otros hallazgos asombrosos de la profesora Hunt, está el que pudo establecer que la frecuencia vibratoria de nuestra aura está vinculada a los contenidos y amplitud de nuestros pensamientos e, igualmente, a ciertas habilidades y dones psíquicos.

La profesora Hunt detectó que cuando usamos nuestra consciencia consensual y centramos nuestra atención en cosas materiales, las vibraciones del campo de energía de nuestro cuerpo son bajas y no van mucho más allá de los 250 ops, es decir, no van más allá de las correspondientes vibraciones biológicas.

Cuando las personas van más allá de la consciencia consensual y se liberan de ella, con lo cual amplían su campo de consciencia, éstas pueden contribuir a la sanación de otras personas al favorecer el reordenamiento y fluidez de sus campos de energía, pues, al mismo tiempo modifican el campo de energía de la persona afectada. Una persona capaz de favorecer la amplitud de consciencia de otro suele elevar su frecuencia de campo entre 400 y 800 ops.

“Las personas capaces de entrar en trance y canalizar aparentemente otras fuentes de información a través de sí mismos se saltan totalmente las frecuencias <<psíquicas>> y operan en una banda más estrecha de entre 800 y 900 ops” (Talbot, 2007, p. 209).

Acorde con sus hallazgos, la profesora Hunt piensa que las personas con un aura con frecuencias por encima de los 900 ops., son lo que llamamos personalidades místicas; y en tanto que los psíquicos y los mediums son sólo meros conductores de información. Los místicos saben qué hacer con la información.

Estos hallazgos de la profesora Hunt, no sólo cambian nuestra manera de vernos a nosotros mismos, sino que también nos indica que a través del aura podemos establecer diagnósticos sobre la salud física y mental de las personas. Nos señala también, que una persona con bajas vibraciones es una persona cuya consciencia está limitada a la consciencia consensual y goza de poca energía al concentrar su atención en cosas materiales, preocupaciones, angustia...; de manera que deberíamos ocuparnos de estar “despiertos” y “saber” qué estamos pensando, qué tipos de emociones sentimos con mayor frecuencia, con qué cosas nos estamos identificando..., ya que ello afecta no sólo nuestro estado de humor, sino también nuestra salud, calidad de vida y posibilidades de desarrollar nuestras habilidades psicológicas como la creatividad.

Cuando concentramos nuestra consciencia analítica en un estado de humor predominante como la ira, no sólo multiplicamos la intensidad de ésta, sino que modificamos las vibraciones de todo nuestro cuerpo eliminando todas las demás posibilidades de ser/siendo/estando/haciendo y como realidad somos la misma ira y nos vemos como un estado absoluto, incluso, inmodificable.

En momentos así, la frecuencia con que oscilamos es densa, baja, y todo el pensamiento gira en torno a confirmar la razón de permanecer así. De allí, la necesidad de ampliar la consciencia, pues al hacerlo nos despegamos del mal humor y todas sus sensaciones.

En hipnosis, una de las tantas estrategias para despegarnos de la consciencia consensual, los terapeutas tratamos de crear un estado de consciencia más amplio, el cual aparte al individuo de sus habituales comparaciones, juicios, dolor, sentimiento de aislamiento y separación..., abriendo así una inmensa

puerta de consciencia a otras experiencias. Esto le permite a la persona, con sus propios recursos, elegir entre otras muchas posibilidades de ser/siendo/estando/haciendo. Nosotros elegimos.

Los colores del aura no sólo reflejan nuestras emociones, sino también el estado de salud del cuerpo. En Estados Unidos, nos dice Michel Talbot, son cada vez más numerosos los médicos (cirujanos famosos, profesores de medicina, jefes de departamento de grandes hospitales...) que se sirven de ella para diagnosticar perturbaciones orgánicas y psicológicas.

Talbot nos relata en su libro "El universo holográfico" que la neuróloga y psiquiatra Shafica Karagulla, quien tenía la capacidad de ver el aura se tomó en serio esta habilidad y quiso saber si aparte de ella había otros médicos capaces de ver el aura y hacer diagnósticos médicos acertados como consecuencia de lo que veían. Al hacer varios sondeos entre sus colegas, estos la evadieron, así que resolvió ir a ver a uno de los médicos de quien se decía poseía esta habilidad como paciente.

Al comenzar la consulta no le dejó que le examinara, sino que le retó a que la diagnosticara usando su percepción sensorial superior (PSS) como le llamaba la doctora a la capacidad de ver el aura. Para su sorpresa, el médico a partir de recorrer su cuerpo con la mirada le hizo un breve diagnóstico oral en el que figuraba una dolencia interna que terminó requiriendo una operación.

Karagulla, siguió su sondeo durante los años 60 del siglo pasado:

"La mayoría no sabía que había otros médicos que tenían dotes similares y creían que eran únicos y especiales a ese respecto. No obstante, invariablemente describían lo que veían como un <<campo de energía>> o como <<una red de energía en movimiento>> que rodeaba al cuerpo y se mezclaba con él. Algunos veían chacras, pero como desconocían el término, los describían como vórtices de energía dispuestos a lo largo de la columna vertebral que están conectados al sistema endocrino o que influye en él. Y casi sin excepción, mantenían su habilidad en secreto por miedo a que perjudicaran su reputación profesional" (Talbot, 2007, pp. 203-204).

No sólo ha sido posible medir el campo de energía aúrico, también se han podido hacer mediciones de la presencia eléctrica de los chacras. El profesor H. Motoyama, psicólogo clínico y reconocido investigador desarrolló una técnica para ello.

Chakra es una palabra sánscrita que significa "rueda" o "vórtice" porque es la forma que tiene la energía concentrada en siete puntos a lo largo de la columna vertebral. Los chacras tienen la apariencia de una bola sólida de energía, que interpenetra el cuerpo físico y la consciencia del mismo modo que lo hace un campo magnético. "De esta combinación, los chacras se convierten en centros de actividad para la recepción, asimilación y transmisión de las energías de vida" (Anodea y Selene, 1993, p. 6).

Los chacras se vinculan con el cuerpo a través del sistema endocrino y el sistema nervioso. Cada uno de los siete chacras está asociado a cada una de las siete glándulas del sistema endocrino y, al mismo tiempo, a un grupo de nervios, pudiendo así relacionarse a funciones específicas del cuerpo controladas por ellas.

Pero los chacras no sólo están asociados a partes específicas del cuerpo, sino también directamente a los diversos procesos psíquicos en asociación a las

principales áreas de nuestra vida, esto es: supervivencia, sexo, poder, amor, comunicación, imaginación y espiritualidad (Anodea y Selene, 1993).

Cuando estamos angustiados, tensos, porque, por ejemplo, debemos pagar una deuda que significa la posibilidad de una pérdida importante, la tensión es captada por los nervios del plexo asociado a ese chacra, en este caso, al primer chacra, que transmite la tensión a las partes del cuerpo que controla ese plexo.

Si la tensión o angustia se prolonga por un período largo de tiempo con una cierta intensidad, entonces la persona comienza a desarrollar síntomas físicos y psíquicos asociados al funcionamiento del primer chacra.

El primer chacra está asociado con el elemento tierra, lo material, y sus temas son la seguridad, la confianza, la prosperidad, el enraizamiento, la nutrición... Cuando este chacra funciona de manera balanceada la persona se siente llena de salud, vitalidad, confianza, fe, seguridad...; pero al desbalancearse por algo como la preocupación por una deuda y la posibilidad de la pérdida de una pertenencia, la persona puede presentar como síntomas principales desordenes alimenticios, afecciones en los dientes y huesos, problemas en las rodillas, pies; desordenes en el tracto digestivo..., acompañado de algunos signos psicológicos como el descuido en la alimentación y el aseo, descuido al vestirse, temores, fantasías asociadas a no tener los pies sobre la tierra...

La alteración en un chacra implica el desbalance en los demás chacras, pues nuestro cuerpo/consciencia es una unidad en la que todo afecta a todo, de manera que al alterarse el balance del primer chacra también podemos esperar, entre otras cosas, que la sexualidad de la persona se vea afectada psicológicamente y funcionalmente (segundo chacra)... que se vea afectada su manera de comunicarse (quinto chacra o chacra de la comunicación)... o que se vea afectada su creatividad y mantener en mente una serie de pensamientos obsesivos (sexto chacra).

Cuando la persona de nuestro ejemplo cambia la manera de abordar el problema, de verse a sí misma frente a éste y genera estrategias efectivas para resolver su problema, la tensión generada se libera y los chacras se vuelven a balancear.

El desbalance de la energía de los chacras puede ocurrir en el sentido de deficiencia de energía o exceso de energía, es decir, al superar los límites manejables de desequilibrio del organismo. En el caso de, por ejemplo, una deficiencia del primer chacra, podemos observar que la posición corporal refleja como si la persona quisiera reducirse de tamaño, todo el cuerpo luce caído, flácido, los movimientos son escasos y pocos. Mientras que el exceso puede manifestarse en la rigidez del cuerpo, que aparece estirado y como si fuese un ladrillo. La persona tiene dificultad para fluir con las situaciones, así que prefiere las rutinas...

Por su parte, desde la antigüedad, los médicos chinos han hablado de la energía o Chi, la cual no es simplemente toda causa capaz de transformarse en trabajo, sino que es la vida, el soplo vital. Expresa, así mismo, la fuerza, la energía, el vapor, el fluido eléctrico, el calor... (Sussmann, 2007).

Los médicos chinos consideran al Chi responsable de la vida y de la salud. Para ellos se trata de un fluido no homogéneo, integrado por dos fuerzas "iguales y opuestas" a las que llaman Yin y Yan. Ambas energías se encuentran mezcladas en el cuerpo en proporciones exactas, pero variables según el "meridiano" o región del cuerpo. Para los médicos chinos el nivel de desequilibrio energético del Yin y del Yan dentro de cierto rango es signo de salud, mientras que su superación es signo de enfermedad (Sussmann, 2007).

De manera semejante a las ideas de David Bohm, para los chinos la energía es el principio y esencia de todo, la cual se expresa de manera diferente en cada cosa natural, de manera que cada cosa y cada ser posee su propia individualidad particular.

De la energía cósmica, interpretan los chinos, surgen todas las cosas del universo, de manera que el Chi se expresa en cada una de ellas. En este sentido el ser humano no sólo surge del Chi (Yin y Yan), sino que es/siendo/estando/haciendo por, en, con y a través del Chi. En el hombre el Chi se expresa “con la totalidad de todas sus manifestaciones vitales, físicas y psíquicas, pues todas son productos simultáneos de la actividad Yin/Yan” (Sussmann, 2007, p. 29).

En la interpretación del taoísmo y de la medicina china consciencia y cuerpo son una unidad y no dos cosas de distinta naturaleza. Chi no es el cuerpo ni es la consciencia, sin embargo crea a ambos constantemente. El Chi en sí mismo contiene dos fuerzas el Yin y el Yan, donde el cuerpo o soma es Yin y la consciencia Yan actúan de manera complementaria.

El ser humano como energía/información/materia o como cuerpo/consciencia expresa la naturaleza del Chi o del Yin/Yan en movimiento y como tal no es simple energía encerrada en el soma, sino que como un sistema abierto, como sistema energético, toma energía del cosmos del cual es parte integral y la transforma para luego devolverla al ambiente.

Para los médicos chinos la energía es algo que fluye a través de todo nuestro cuerpo como un río a través de 12 canales, conductos o meridianos simétricos, la mitad de los cuales es Yin y la otra mitad es Yan.

El hombre es un sistema caótico

Vivimos en un mundo en el cual la incertidumbre, las irregularidades, la inestabilidad, las anomalías, el desequilibrio, las excepciones, la discontinuidad y el caos son fenómenos corrientes en la naturaleza. Sin embargo cuando los padres de la ciencia moderna desde Galileo a Newton desarrollaron los principios epistemológicos subyacentes al nuevo paradigma mecanicista pasaron por alto todas las irregularidades por considerarlas molestas e inconvenientes (Gleick, 1988; Briggs y Peat, 1999).

Desde aquellos años de Galileo a Newton y de ellos a nosotros los investigadores en su mayoría buscan regularidades que den resultados impecables, los cuales no representen complicaciones sobre todo a la hora de predecir y controlar los fenómenos. De allí que los científicos traten la realidad como si ella fuese un reloj que funciona impecablemente, es decir, como si todo ocurriera en un tiempo preciso, de manera regular, siguiendo secuencias lineales constantes, en las cuales siempre se puede apreciar que A ocurre como consecuencia de B, C de B..., de modo que siempre vamos a observar repeticiones idénticas. En realidad lo que *el mecanicismo hizo fue borrar de la percepción y del pensamiento de los científicos (y de la mayoría de las personas) las pautas con perturbaciones.*

El modelo universal del reloj desde luego es práctico y útil para comprender unos pocos fenómenos. Sin embargo, en su generalización indiscriminada, el mecanicismo nos acostumbró a ver el mundo y, con él, a ver a nuestro cuerpo/consciencia como máquinas que funcionan de manera ordenada, predecible y controlable, máquinas que se mantienen en estado de equilibrio.

En este sentido para los mecanicistas toda irregularidad carece de importancia y no merece la pena ser tomada en cuenta.

El mecanicismo, por otra parte, nos enseñó a ver el caos como algo detestable que debe ser evitado, pues desde su punto de vista, el caos es destructivo, pero no es así. El caos, por el contrario es creativo y no debe ser confundido con la entropía, la cual conduce a la muerte térmica o estado de homogeneidad.

La razón por la cual los mecanicistas prefieren desechar el caos es el hecho de que la conducta de los sistemas caóticos como nuestras emociones, los sistemas económicos, las estrategias políticas, los sistemas sociales...; son impredecibles y admitirlo abiertamente implica perder la aureola de profetas en la cual han envuelto su cerebro.

Desde la óptica del mecanicismo y sus principios epistemológicos, caos y orden, equilibrio y desequilibrio constituyen dualidades antagónicas, lo cual es aceptable en lo concerniente a los sistemas lineales, pero no en los sistemas no lineales donde caos, orden, equilibrio y desequilibrio adquieren otro sentido, esto es, equilibrio implica muerte térmica; caos/orden implica desequilibrio, movimiento, actividad, estímulo, vida, plasticidad, flexibilidad, individualidad, incertidumbre, creatividad...

delgrosso.jose@gmail.com

21/10/2011